

# EN BELEN



*(A mi querido amigo D. Antonio Azrác)*

Hay un valle en la Judea  
que el hundoso Jordan baña  
cuando entre montes serpea;  
y hay en el valle una aldea,  
muy cerca de una montaña.

Aparte del caserío,  
casi oculta por la broza  
y ramaje muy sombrío,  
no lejos del manso río,  
hay una muy pobre choza.

Tiene su pared rasgones,  
ramas secas por techumbre,  
suelo en terrosos vellones,  
y en uno de sus rincones  
arde raquítica lumbre.

Al fuego, casi apagado,  
que solo á veces flamea,  
hay un anciano arrimado,  
y está sentada á su lado  
una bellissima hebrea,

Es la noche muy oscura.  
cerrado está el firmamento;  
y del bosque en la espesura  
ruge con fiera bravura  
el rudo soplar del viento.

El cierzo nubes aduna  
del Libano en la vertiente;  
y con menguada fortuna,  
en vano lucha la luna  
por alumbrar el ambiente.

La nieve, que en su caída  
al aire se balancea,  
por el viento sacudida,  
bate la pobre guarida  
que ampara al viejo y la hebrea.

Y por un ancho rasgón  
que sus toscos muros hiende,  
se introduce en la mansión,  
y se hacina en un montón  
que junto al fuego se tiende.

Y el viento sigue bramando,  
la nieve sigue cayendo,  
el frío sigue arreciando  
y el viejo sigue temblando,  
y la hebrea sonriendo.

De pronto en lo alto aparece  
una nube fulgorosa,  
que en el ambiente se mece;  
y que baja, y luce, y crece,  
y en el establo se posa.

Y limpio brilla el celaje,  
y la luna reverbera  
en el lago del paisaje...,  
y ya no azota el ramaje  
del viento la saña fiera.

Y al fulgor que resplandece  
en la mísera cabaña,  
se ve un niño que enloquece,  
al viejo que lo guarece,  
y á la hebrea que lo empaña.

Y la esquila, y el balido,  
el rabel, las auras puras,  
del arroyuelo el gemido,  
de los bosques el ruido,  
y el cantar de las alturas.

En cadenciosa armonía  
entonan: ¡Gloria al Señor!:  
¡Gloria al Hijo de María!  
y ¡loor! á la Judía,  
madre ya del Salvador!

Y á muy poco en los oteros  
corretean los pastores,  
y á Belen bajan ligeros  
á ofrecer tiernos corderos  
al Señor de los Señores.

Y á los ecos de rabeles  
las zagalas y zagales  
traen al Niño suaves pieles,  
ricos panes, dulces mieles,  
y blanquísimos pañales.

Y la choza, las masías,  
la ciudad, villa y aldea,  
en alegres melodías,  
cantan: ¡Hosana al Mesías,  
que ha nacido en la Judea!

Y el cefiro rumoroso,  
llevando el ¡Hosana! en pos,  
corre el mundo presuroso,  
á pregonar orgulloso  
el nacimiento de Dios.

MANUEL DÍAZ DE ARCAYA.

